

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, LEANDRO (1760-1828)

ODAS

I

(Traducción de Horacio)

Deja tu Chipre amada,
Venus reina de Pafos y de Gnido,
que Glycera adornada
estancia ha prevenido,
y te invoca, con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
y las Gracias, la ropa desceñida,
y a Mercurio elocuente,
y de Ninfas seguida
la Juventud; sin ti no apetecida.

II

A la memoria de D. Nicolás Fernández de Moratín

Flumisbo, el celebrado
cantor de Termodonte,
por quien grato a las Musas
fue de Dorisa el nombre,

Ya las sombras habita
de los elisios bosques:
Llorad, Venus hermosa,
llorad, dulces Amores.

Suelta la crencha de oro
que el viento descompone,
la rica vestidura
desceñida sin orden,

Erato, que suave
le colmó de favores,

sobre la tumba fría
hoy se reclina inmóvil.

Del seno de su madre
el niño de los Dioses
batió veloz las alas,
fugitivo se esconde.

Deshecho el arco inútil,
la venda airado rompe:
ardió la corva aljaba
y duros pasadores.

Es fama que en la selva,
por donde lento corre
el Arlas, coronado
de olivo, yedra y flores,

sonó lamento ronco
de mal formadas voces,
que en ecos repitieron
las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana
si dio la Parca el golpe:
ni vuelve lo que usurpa
el avaro Aqueronte.

Alzad un monumento
con mirtos de Dione,
ornado de laureles,
guirnaldas y festones,

entrelazando en ellos
la trompa de Mavorte
y la cítara dulce
del teyo Anacreonte,

las coronas de Clio,
de Amor venda y arpones,
y las aves de Venus
el obelisco adornen.

Que si al asunto digno
mi verso corresponde,
si da lugar el llanto

a números acordes:

De la región que tiene
por su zenit al norte,
a la que esterilizan
rayos abrasadores,

Flumisbo en la memoria
durará de los hombres;
sin que fugaz el tiempo
su duración estorbe.

III

(Traducción de Grecourt)

El niño ceguezuelo
adormeciose un día
en el recinto oscuro
de los bosques del Ida.

Venus temor concibe
al ver que no volvía
de tan largo reposo,
que al de la muerte imita.

Y en lágrimas hermosas
bañando las mejillas,
al Padre omnipotente
su dolor comunica.

Jove, que tanta pena
mitigar determina,
a los Dioses consulta
que en el Olimpo habitan.

Y viendo que en opuestas
opiniones vacilan,
al medio menos tardo
su decisión inclina.

Manda que al bosque umbroso
donde el Amor dormía
vayan los celos tristes,
y entorno de él asistan.

Parten ellos veloces,
y al rumor que traían
de su letargo vuelve
el niño de Ericina;

¡Mas ay!, que desde entonces
perdió su paz tranquila,
y nunca el dulce sueño
sus párpados visita.

IV

(Traducción de Horacio)

No pretendas saber que es imposible
cual fin el cielo a ti y a mi destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
consultes, no; que en dulce paz, cualquiera
suerte podrás sufrir. O ya el tonante
muchos inviernos a tu vida otorgue,
o ya postrero fuese el que hoy quebranta
en los peñascos las tirrenas ondas,
tú, si prudente fueres, no rehuyas
los brindis y el placer. Reduce a breve
término tu esperanza. La edad nuestra
mientras hablamos envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fíes,
Crédula, del futuro incierto día.

V

A Nísida

¿Ves cuan acelerados,
Nísida, corren a su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
cuando joven reías,
ves que no vuelven, y en amar porfías?

Huyó la delicada
tez, y el color purísimo de rosa,
la voz, y la preciada
melena de oro undosa:

todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡Ay! Nísida ¿y procuras
ver a tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
el divino semblante
censuras o desprecias arrogante?

En vano es el adorno
artificial, y la oriental riqueza
que repartida entorno
corona tu cabeza;
si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
que es indomable corazón el mío
do amor no hizo morada,
si a tus halagos frío,
del ruego que me cansa me desvió.

Que Cupidillo ciego,
hijo de Venus, fiero me encadena.
Isaura, con el fuego
de su vista serena,
todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
con una y otra hazaña,
y el muro de Magon abierto a España.

Amor las cuerdas de oro
me dio y el plectro, porque cante en ellas
a la que firme adoro
dulcísimas querellas,
su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡Que amable, si el oído
presta suspensa a mi pasión doliente!
¡O al beso apetecido
evita brevemente
el labio muy hermoso y elocuente!

¡Ay! Si benigna un día
tú lo puedes hacer, madre de amores

cede la ninfa mía
los últimos favores;
tus aras cubriré de mirto y flores.

VI

A Rosinda Histrionisa

Cupido no permite
que mi canto celebre
los héroes, que la fama
coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras
y amores inocentes,
olvidando de Marte
los horrores crueles.

Tú, hermosa, si a mi verso
agradecida vuelves
esos ojos, incendio
de los Dioses celestes,

Premio darás que baste
a que mi voz se aliente,
y a que sólo en tu aplauso
mi cítara se temple.

No por tal hermosura,
en armados bajeles,
llevó la Grecia a Troya
desolación y muertes.

¿Que mucho que a tu vista
rendido se confiese
el corazón, que en vano
su libertad defiende?

Si cuando te presentas
en años florecientes
ante el callado vulgo,
que de tu labio pende,

Con mágico embeleso
el ánimo más fuerte,

o en tu placer se goza,
o en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talia
sus fábulas te preste,
cuando el vicio censura
con máscaras alegres.

¡Qué honesta, si declaras
la pasión que te vence,
o imaginados celos
tu risa desvanece!

¡Qué airada, qué terrible,
cuando en acentos breves
al atrevido amante
su desatino adviertes!

La multitud escucha,
y absorta duda y teme:
que son, aunque fingidos,
temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste
que dictó Melpómene,
todo es angustia y foro,
todo afanes crueles.

¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién con serenos ojos
pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso
cuanta ilusión adquieren,
en el ancho teatro,
ficciones aparentes:

oiga tu voz, y mire
las lágrimas que viertes,
y a tus pies humillado
te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados
de las hermanas nueve,
dais a la sien corona

de yedras y laureles:

Si dirigís el paso
a la cumbre eminente,
por la difícil senda;
perdida tantas veces:

Si el numen vuestro, aplausos
y eternidad pretende,
los hechos admirables
de la patria celebre.

Trágico verso imite
pasiones delincuentes,
fortunas infelices
de naciones y reyes.

Que si la Ninfa bella,
por quien el hondo Betis,
en Hispalis soberbio,
baña su campo fértil,

presta su voz, y anima
los mudos caracteres,
y lo que el arte inspira
en viva acción lo vuelve:

veréis como por ella
el orbe os engrandece,
y la fama poetas
os aclama celestes.

Feliz la suerte mía,
si merecer pudiese
que en sus labios de rosa
mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas
premiadas dignamente,
¿ni galardón más alto
quien pudo merecerle?

Pero el vendado niño
que tirano me vence,
me permite que solo
la adore reverente.

¡Oh, Amor! Libra mi pecho
del afán que padece;
ni contra mí tus viras
voladoras aprestes.

Basta que en ella admire
las dotes excelentes,
con que a la patria escena
sublima y enriquece.

Sin que la suma larga
de sus triunfos aumente,
sin que a sus ojos muera,
sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos
libertarme pudieras,
y el tiro que destinas
al flechero le vuelves;

Por mí sus alabanzas
serán cantadas siempre,
en acentos suaves
de cítara doliente.

Y cisnes más sonoros
ensalcen y celebren,
los héroes que la fama
coronó de laureles.

VIII

(Traducción de Horacio)

¿Que al fin, las riquezas
de la Arabia envidias,
Icio, y a los reyes,
no vencidos antes,
de Sabá, preparas
guerra luctuosa,
y al medo terrible
pesadas cadenas?

¿Cuál servirte puede

Bárbara cautiva,
que llore a tus manos
su esposo difunto?

¿Cuál en regio alcázar
llenará tus copas,
unido el cabello
de aromas suaves,
mancebo ministro;
enseñado solo
a tirar saetas
séricas, doblando
el arco paterno?

¿Quién ya dudaría
poder los arroyos
subir a las cumbre,
y el rápido libre
volver a su fuente;
si tú de Panecio
las preciadas obras
y las que produjo
socrática escuela.

No a costa de leve
afán adquiridas
dar quieres en cambio
de arneses íberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

IX

A D. Gaspar de Jovellanos

Id en las alas del raudo céfiro,
humildes versos, de las floridas
vegas que diáfano fecunda el Arlas,
adonde lento mi patrio río
ve los alcázares de Mantua excelsa,
id, y al ilustre Jovino, tanto
de vos amigo, caro a las Musas,
para mí siempre numen benévolo,
id, rudos versos, y veneradle;
que nunca, o rápidas las horas vuelen,

o en larga ausencia viva remoto,
olvida méritos suyos Inarco.

No, que mil veces su nombre presta
voz a mi cítara, materia al verso,
y al numen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
toda enmudece la selva umbría,
por donde el Tajo plácidas ondas
vierte, del árbol sacro a Minerva
la sien ceñida, flores y pámpanos.

Tal vez sus Ninfas girando en torno
sonora espuma cándida rompen,
del cuello apartan las hebras húmidas,
y el pecho alzando de formas bellas,
conmigo al ínclito varón aplauden;
dando a los aires coros alegres,
que el eco en grutas repite cóncavas.

X

A los colegiales de S. Clemente de Bolonia

¿Por qué con falsa risa
me preguntáis, amigos,
El número de lustros que cumplí?
Y en la duda indecisa
citáis para testigos,
los que huyeron aprisa
crespos cabellos que en mi frente vi.

Pues no los años fueron
los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
parte al afán cedieron
que el estudio procura,
parte despojos dieron
a tus victorias, ceguezuelo Amor.

¿Veis que en mi rostro imprima
el tiempo sus pisadas,
la lengua turbe, o debilite el pie?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,

la actividad reprima
de entrambas luces con que siempre hablé?

Pues si el ardiente brío,
que la edad deteriora
con su fuga veloz, existe en mí:
¿No es vano desvarío
vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y río,
soy joven fuerte, como joven fui.

Lo soy, y vigoroso
siento que late y vive,
propenso a la virtud, mi corazón;
y en placer delicioso
afectos mil recibe
movimiento dichoso
del alma, si los temple la razón.

Tal vez Febo me envía
entusiasmo divino,
que a la helada vejez repugna dar;
y la nueva armonía
de idioma peregrino,
las Náyades que cría
el Reno humilde, salen a escuchar.

Seguidme, y al umbroso
bosque, mansión de Flora,
que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
incienso y la sonora
cítara, y de frondoso
mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
cantan el himno sacro,
y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
y en torno al simulacro
esparcen flores bellas,
y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
presentaré mis dones,
cuando postrados ante el ara estén.

Del certero Cupido
sintieron los arpones...
¡Ay!, que en vano he querido
burlar sus tiros, y me hirió también.

XI

(Traducción de Horacio)

Rumbo mejor, Licino,
seguirás no engolfándote en la altura,
ni aproximando el piro
a playa mal segura,
por evitar la tempestad oscura.

El que la medianía
preciosa amó, del techo quebrantado
y pobre se desvía
como del envidiado
Alcázar, de oro y pórfidos labrado.

Muchas veces el viento
árboles altos rompe: levantadas
torres, con mas violento
golpe caen arruinadas
hiere el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confía
El varón fuerte, en la aflicción espera
más favorable día:
Jove la estación fiera
del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
no siempre mal será. Tal vez no excusa
con cítara sonora
Febo, animar la Musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
mostrar al riesgo el corazón valiente;
y si el viento tu nave
sopla serenamente,
la hinchada vela cogerás prudente.

XII

Con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (estado veneciano) a honor de la Virgen nuestra señora. Año de 1795.

Ya los felices campos que corona
profundo el Po, y el Atesis fecunda,
oigo sonar con voces de alegría
que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,
hoy los altares religiosa adorna
de la tierna doncella, a cuya planta
yace el dragón temido.

Mármoles y oro que su templo visten
fúlgidos brillan, y a los corvos techos,
que el pincel abultó de formas bellas,
sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno
votos ofrecen: dulce melodía
hiere los aires, y en acordes himnos
alto numen adoran.

Madre piadosa que el lamento humano
calma, y el brazo vengador suspende,
cuando al castigo se levanta y tiembla
de su amago el Olimpo.

Ella su pueblo cariñosa guarda
ella disipa los acerbos males
que al mundo cercan, y a su imperio prontos
los elementos ceden.

Basta su voz a conturbar los senos
donde, cercado de tiniebla eterna,
reina el tirano aborrecido: origen
de la primera culpa.

Basta su voz a serenar del hondo
mar, que los vientos rápidos agitan,
las crespas olas, y romper las nubes
donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso
suene, y el fuego que su centro oculta
haga los montes vacilar, cayendo
los alcázares altos.

O ya, sus alas sacudiendo negras,
el austro aliento venenoso esparza,
y a las naciones populosas lleve
desolación horrible:

Ella invocada, de el sublime asiento
desde donde a sus pies ve las estrellas,
quietud impone al mundo, y los estragos
cesan, y huye la muerte.

¡Oh!, celebradla: y el dichoso día,
que nos detuvo perezoso el tiempo,
de fe, de gratitud, ejemplo sea
a los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne
en ritmo ausonio y sus elogios cante;
ella comprende, aunque de voz carezca,
el idioma del alma.

Sí, tú me inspira, y en amor divino
arda por ti mi corazón, y anhele
solo adorarte, como los eternos
espíritus te adoran

Que nada estorba para serte grato,
Virgen hermosa, que en hispano verso
rudo, sin arte, humilde te celebre;
si religión le dicta.

En él te invoca de esperanza llena,
mi madre España: que a tu culto santo,
hasta el vencido antípoda remoto,
aras dedica y templos.

XIII

(Traducción de Horacio)

El que inocente
la vida pasa
no necesita
morisca lanza,
fusco, ni corvos
arcos, ni aljaba
llena de flechas
envenenadas;
o a las regiones
que Hydaspe baña
o por las Syrtes
muy abrasadas,
o por el yermo
Cáucaso vaya.

Yo la sabina

selva cruzaba,
cantando amores
a mi adorada
Lálage, libre
de afán el alma,
por muy remoto
sitio, sin armas;
y un lobo fiero
me ve y se aparta.

Monstruo igual suyo
no tiene Daunia
en montes llenos
de encinas altas
ni los desiertos
de Mauritania,
donde leones
y tigres braman.

Ponme en los yertos
campos, do el aura
no goza estiva
ninguna planta:
lado del mundo,
región helada
que infestan vientos
y nubes pardas,
o en la que al rayo
del sol cercana,

de habitaciones
carece y aguas;

Lálage siempre
será mi amada:
dulce si ríe,
dulce si canta.

XIV

Los días

¡No es completa desgracia,
que por ser hoy mis días,
he de verme sitiado
de incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
que sube la vecina,
su cuñada y sus yernos
por la escalera arriba.

Pero, ¡que!... No la cierres,
si es menester abrirla:
si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,
según lo que rechina,
es el de Don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! Ya está aquí Don Lucas
haciendo cortesías,
y Don Mauro el abate,
opositor a mitras.

Don Genaro, Don Zoylo,
y Doña Basilisa;
con una lechigada
de niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos

me fuera por no oírlas.

Ya todos se preparan
y no bastan las sillas
a engullirme bizcochos,
y dulces y bebidas.

Llénanse de mujeres
comedor y cocina,
y de los molinillos
no cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues,
allí y aquí pellizcan;
todo lo gulusmean,
y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
piden a toda prisa
del rancio de Canarias,
de Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
cinco, nueve se chiflan.
¿Pues, señor, hay paciencia
para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se explica?
Dejando mi despensa
asolada y vacía.

Y en tanto los chiquillos,
canalla descreída,
me aturden con sus golpes,
llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
debajo de las sillas:
el otro se echa acuestas
un cangilón de almíbar.

Y al otro, que jugaba
detrás de las cortinas,
un ojo y las narices
le aplastó la varilla.

Ya mi bastón les sirve
de caballito, y brincan
mi peluca y mis guantes
al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen:
que todos me los pillan,
y al patio se los llevan
para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso
la solitaria vida,
en virginal ayuno
abstinente heremita.

Yo, que del matrimonio
renuncié las delicias,
por no verme comido
de tales sabandijas:

¿He de sufrir ahora
esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
no ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
salgan todos aprisa
recojan abanicos,
sombrosos y basquiñas.

Gracias por el obsequio
y la cordial visita,
gracias; pero no vuelvan
jamás a repetirla.

Y pues ya merendaron,
que es a lo que venían,
si quieren baile, vayan
al soto de la villa.

XV

Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda de Valencia el Mariscal Suchet. Año de
1812

Ya la feliz ribera
del edetano río
a gozar vuelve su beldad primera,
y los que devastó furor impío
de Gradivo sangriento,
feraces campos gratos a Pomona,
la amiga paz corona
con árboles umbrosos,
y ya en su nueva pompa bulle el viento.

¡Oh! ¡Prosperen dichosos!

Una edad y otra acrecentar los vea
tronco robusto y ramas tembladoras;
y cuando el rayo de la luz febea
en las estivas horas
el aire enciende, asilo den suaves
y tálamo fecundo
al coro lisonjero de las aves.

Amor, el dulce Amor, alma del mundo,
aquí tendrá su imperio y monarquía,
y los pensiles dejará de Gnido,
la mansión del Olimpo y sus centellas,
por gozar atrevido,
en la que va a crecer floresta umbría,
los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿Quién de sus flechas pudo
el pecho defender? Aquí el gemido
del amador escuchará la hermosa;
el corazón herido,
y el labio honesto a la respuesta mudo:

aquí de su celosa
pasión las iras breves,
que breves han de ser de amor las iras
tal vez exhalará con tiernas voces;
y en tanto el son de las acordes liras,
llevado de los céfiros veloces,

al canto y danza animará festivo
mientras alta Dictina rompe el velo
nocturno, en carro de luciente plata,
y con él arrebatada

el curso de las horas fugitivo.

Y tú, que viste de tu fértil suelo
alzarse inútil muro,
abatir la segur antiguos troncos,
de tu corba ribera honor sagrado,
alcázares arder y humildes techos,
tronar los bronce de Mavorte roncós,

envuelta en humo obscuro
tu ciudad bella, y rotos y deshechos
ejércitos, y en sangre amancillado
tu raudal cristalino,
¡Oh! ¡Padre Turia! Si difunde el cielo
sobre tus campos su favor divino,

de guirnaldas ornándote la frente;
corre soberbio al mar. En raudo vuelo
dilatará la fama
el nombre, que veneras reverente,
del que hoy añade a tu región decoro
y de apolínea rama
ciñe el bastón y la balanza de oro.

Digno adalid del dueño de la tierra,
de el de Vivar trasunto:
que en paz te guarda, amenazando guerra,
y el rayo enciende que vibro en Sagunto.

XVI

A la marquesa de Villafranca

Con motivo de la muerte de su hijo el Conde de Niebla

No siempre de las nubes abundante
lluvia baña, los prados,
ni siempre altera el piélagó sonante
boreas, ni mueve los robustos pinos
sobre los montes de Pirene helados.

A los acerbos días
otros siguen de paz: la luz de Apolo
cede a las sombras frías,
a el mal sucede el bien; y en esto solo,

los aciertos divinos
el hombre ve de aquella mano eterna
que en orden admirable,
todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida a la aflicción y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
la pérdida cruel, que a la preciosa
víctima por la muerte arrebatada,
otra añadir intentes?

Y no será que de tu ruego instada,
la prenda que llevó te restituya,
no, que la esconde en el sepulcro frío.

Esa vida fugaz no toda es tuya
es de un esposo, que el afán que sientes
sufre, y el caso impío
que de su bien le priva y su esperanza:
es de tu prole hermosa,
que mitigar intenta
con oficioso ardor tu amargo lloro;
si tanto premio su fatiga alcanza.

Sube doliente a las techumbres de oro
el gemido materno,
y en la callada noche se acrecienta.

La indócil fantasía
te muestra al hijo tierno,
como a tu lado le admiraste un día,
sensible a la amistad, y al heredado
honor: modesto en su moral austera:

al ruego de los míseros piadoso:
de obediencia filial, de amor fraterno,
de virtud verdadera
ejemplo no común. Negó al reposo
las fugitivas horas,
y al estudio las dio: sufrió constante
las iras de la suerte,
cuando no usada a tolerar cadena,
la patria alzó sus cruces vencedoras.

¡Oh! Si en edad más fuerte
se hubiese visto, y del arnés armado
en la sangrienta arena:
¡Oh, como hubiera dado
castigo a la soberbia confianza
del invasor injusto,
a su nación laureles,
gloria a su stirpe y a su rey venganza!

Tanto anunciaba el ánimo robusto,
con que en el lecho de dolor postrado,
le viste padecer ansias crueles;
cuando inútil el arte
cedió y confuso, y le cubrió funesta
sombra de muerte en torno. El arco duro
armó la inexorable, al tiro presta,
y por el viento resonando parte
la nunca incierta vira.

Él, de valor, de alta esperanza lleno,
preciando en nada el mundo que abandona,
reclinado en el seno
de la inefable religión, espira.

Ya no es mortal: entre los suyos vive:
espléndida corona
le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
ante el solio del Padre omnipotente,
de espíritus angélicos cercado,
que difunden fragancias y armonía
por el inmenso Olimpo, luminoso.

Debajo de sus pies parece obscuro
el gran planeta que preside al día,
ve el giro dilatado
que dan los orbes por el éter puro,
en rápidos o tardos movimientos,
verá los siglos sucederse lentos;
y él, en quietud segura,
gozará venturoso
del sumo bien, que para siempre dura.

(Traducción de Horacio)

¡Ay, como fugitivos se deslizan,
póstumo, caro Póstumo, los años!
Ni la santa virtud el paso estorba
de la vejez rugosa que se acerca,
ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque a su templo des tres hecatombes
en cada aurora, sacrificio y ruego
Plutón desprecia; a tu lamento sordo.

Él al triforme Gerion y a Ticio
guarda, y los ciñe con estigias ondas;
que han de pasar cuantos la tierra habitan,
pobres y reyes. Y es en vano el crudo
trance evitar de Marte sanguinoso,
y las olas que en Adria el viento rompe
con sordo estruendo, y vano, en el maligno
otoño, el cuerpo defender del Austro;
que al fin las torpes aguas del oscuro
Cocyto hemos de ver, y las infames
Bélides, y de Sísifo infelice
el tormento sin mi que le castiga.

Tu habitación, tus campos, tu amorosa
consorte dejarás. ¡Ay!, y de cuantos
árboles hoy cultivas, para breve
tiempo gozarlos, el ciprés funesto
solo te ha de seguir. Otro más digno
sucesor, brindará del que guardaste
con cien candados céculo oloroso:
Bañando el suelo de licor, que nunca
otro igual los Pontífices gustaron,
en áureas tazas de opulenta cena.

XVIII

En nombre de unas niñas. A los días de la Duquesa de Wervick y Alba

Admite benigna,
Duquesa excelente,
ofrenda que ausente
Tus siervos te dan.

Hoy alzan humildes
sus ojos al cielo:
su amor y su celo
no vanos serán.

La voz inocente
al numen agrada;
que vuela inspirada
de puro candor.

¡Oh! Llegue a su oído
la súplica nuestra:
prodigue su diestra
en ti su favor.

Dilate tu vida
en prósperos años:
ni sienta los daños
del tiempo cruel.

Cual árbol robusto
que dura creciendo.
El aura moviendo
las flores en él.

Amante y esposo,
ocupe tu lado
aquel fortunado
mancebo gentil.

Coronen su frente
laureles de gloria:
fatigue a la historia
mil años y mil.

Cercada te mires
de prole fecunda:
en ella se funda
la dicha de amor.

En ella hermanarse
verás fortaleza,
cordura, belleza,
virtud y valor.

Que al nombre heredado

de ilustres abuelos,
conceden los cielos
honor inmortal.

Conceden, que al mundo
viviendo famosos,
tus hijos dichosos
le adquieran igual.

Por ellos un día
intrépida España,
sabr  en la campaña
lidiar y vencer.

Y alzando, ofendida,
cruzados pendones,
de osadas naciones
domar el poder.

XIX

(Traducción de Horacio)

 De cual varón o semidiós el canto
previenes, alma Clio,
en corva lira o flauta resonante?
 De cual deidad? A cuyo nombre santo
eco responda alegre, en el umbr o
Helicon, o el Pindo, o en la altura
del Hemo helada, en que se vio vagante
selva seguir del tracio la dulzura;
que el curso detenía
de los torrentes rápidos, usando
maternas artes, y al sonoro acento
de sus cuerdas, los árboles movía,
y el ímpetu veloz par  del viento.

 A qu n primero ensalzar  cantando,
si no al gran padre, que la estire humana

y la celeste rige, el mar, la tierra,
y al variar contino
del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
 l es primero y solo, igual no tiene
su esencia soberana;

si bien segunda en el honor divino,
inmediato lugar Palas obtiene.
Ni a ti, Baco, en batallas animoso
callaré, ni a la virgen cazadora,
ni a Febo luminoso;
diestro en herir con flecha voladora.

También los triunfos cantaré de Alcides,
y a los hijos de Leda, celebrado
jinete el uno, y en dudosas lides
el otro vencedor: cuya luz clara,

luego que al navegante resplandece,
precipita del risco levantado
la espuma resonante,
el rauda viento para,
la negra tempestad desaparece,
y a su influjo, del mar, en breve instante
calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
después de aquellos, del prudente Numa
el gobierno apacible,
las haces justicieras de Tarquino,
o de Catón la muerte generosa,
los Escauros, y Régulo constante;
o si de Emilio cante,
pródigo de la vida,
la palma sobre Aníbal obtenida.

Curio, la cabellera mal compuesta:
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
adalid a quien dieron sus abuelos
hacienda escasa, y parco, la molesta
pobreza toleró. Crece frondoso
con una y otra edad árbol robusto,

así la fama crece de Marcelo;
y vemos ya en el cielo
brillar de Julio la divina estrella:
cual suele entre menores
lumbres Dictina aparecerse bella.

Jove saturnio: tú de los mortales
amparo y padre, a quien cedió el destino

la protección de Augusto;
tú reina, y él a ti segundo sea.
O ya sobre los Partos desleales,
que amenazan el término latino,
adquiera triunfo justo,
o en las últimas playas de oriente
Indos y Seres humillados vea;

él, inferior a ti, dé soberano
leyes al mundo. Tú, de Olimpo ardiente
en grave carro oprime las alturas;
y el rayo vengador tu fuerte mano
vibres las selvas abrasando impuras.

XX

A la muerte de D. Josef Antonio Conde
Docto anticuario, historiador y humanista.

¡Te vas, mi dulce amigo,
la luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
en el estrecho límite,
mudo tu cuerpo está!

Y a mí, que débil siento
el peso de los años,
y al cielo me lamento
de ingratitude y engaños;
para llorarte, mísero
largo vivir me da.

O fuéramos unidos
al seno delicioso,
que en sus bosques floridos
guarda eterno reposo,
a aquellas almas ínclitas,
del mundo admiración:

O a mí sólo llevara
la muerte presurosa,
y tu virtud gozara
modesta, ruborosa,
y tan ilustres méritos

ufana tu nación.

Al estudio ofreciste
los años fugitivos;
y joven conociste
cuanto le son nocivos
al generoso espíritu
el ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
al templo te adelantas
donde Temis severa
dicta sus leyes santas;
y en ellas digno intérprete
llegaste a florecer.

Ciñéronte corona
de lauros inmortales
las nueve de Helicon:
sus diáfanos cristales
te dieron, y benévolas
su lira de marfil.

Con ella, renovando
la voz de Anacreonte,
eco amoroso y blando
sonó de Pindo el monte
y te cedió Teócrito
la cala pastoril.

Febo te dio la ciencia
de idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
que usaron elocuentes,
Arabia, Roma y Ática,
supiste declarar.

Y el cántico festivo,
que en bélica armonía
el pueblo fugitivo
al numen dirigía:
cuando al feroz ejército
hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
que lo pasado oculta,

entregó a tu desvelo
bronces que el arte abulta,
y códices y mármoles
amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
ciudades poderosas,
de cuantas dio al olvido
acciones generosas
la edad que vuela rápida,
memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
llevó a Jerez su saña,
y al suelo derribado
cayó el poder de España;
subiendo al trono gótico
la prole de Ismael:

Hasta que rotas fueron
las últimas cadenas,
y tremoladas vieron
de Alhambra en las almenas
los ya vencidos árabes,
las cruces de Isabel.

A ti fue concedido
eternizar la gloria
de los que ha distinguido
la paz o la victoria,
en dilatadas épocas
que el mundo vio pasar.

Y a ti, de dos naciones
ilustres enemigas,
referir los blasones,
hazañas y fatigas,
y de candor histórico
dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
de tu saber el fruto,
y ofrecerle esperaba
en aplausos tributo;
la nueva de tu pérdida
debe primero oír.

La parca inexorable
te arrebató a la tumba.
En eco lamentable
la bóveda retumba,
y allá en su centro lóbrego
sonó ronco gemir.

¡Ay!, perdona, ofendido
espíritu, perdona.
Si en la región de olvido
ciñes áurea corona,
y tus virtudes sólidas
tienen ya galardón:

No de una madre ingrata
el duro ceño acuerdes;
que nunca se dilata
la existencia que pierdes,
sin que la turben pérfidas
envidia y ambición.

XXI

(Traducción de Horacio)

Llevando por el mar el fementido
pastor a Helena en sus idalias naves,
Nereo de los aires la violenta
furia contuvo apenas, y anunciando
hados terribles: en mal hora, exclama,
llevas a tu ciudad, a la que un día
ha de buscar con numerosas huestes
Grecia; obstinada en deshacer tus bodas,
y de tus padres el antiguo imperio.

¡Cuánto al caballo y caballero espera
sudor y afán! ¡Oh, cuanto a la dardania
gente vas a causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
el almete y el égida sonante,
y el carro volador; y aunque soberbio
con el favor de Venus, la olorosa
melena tresses, y en acorde lira,
grato a las damas, cantes amoroso

verso, nunca será que las agudas
flechas de Creta y las herradas lanzas,
funestas a tu amor, huyendo evites;
ni el militar estrépito, ni al duro
Ajax, ligero en el alcance. Tarde
será tal vez; pero ha de ser: que en polvo
tu cabello gentil todo se cubra.

¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
y Néstor el de Pilos, a los tuyos
uno y otro fatal? ¿No ves qué osados
ya te persiguen, Teucro en Salamina
príncipe, y el que vence las batallas
y diestro auriga a su placer gobierna
los caballos, lidiando, Steneleo?
Tiempo será que a Merión conozcas
y a Diomedes, más fuerte que su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera, te busca,

te sigue ya? Tú, como el ciervo suele,
si al lobo advierte en la vecina cumbre,
el pasto abandonar; así cobarde
y sin aliento, evitarás su golpe:
y no, no fueron tales las promesas
que a tu señora hiciste. La indignada
gente que lleva Aquiles, el funesto
hado de Troya y sus matronas puede
un tiempo dilatar; pero cumplidos
breves inviernos, las soberbias torres
arderá de Ilion la llama argiva.

XXII

(Traducción de Horacio)

No de mi casa en altos artesones
brilla el marfil ni el oro,
ni columnas, que corta en sus regiones
apartadas el moro,
sostienen travesaños áticas. Ni intruso
sucesor, el alcázar opulento
de Pérgamo, ocupé. Nunca labraron
púrpuras de Laconia, para el uso
de su señor, mis siervas;
pero vivo contento

de que jamás faltaron
en mí, virtud y numen afluyente:
soy pobre; pero el rico a mí se inclina.

Ni pido más a la bondad divina,
ni para que mis fondos acreciente
importuno el amigo generoso:
harto soy venturoso
con mis campos sabinos.
Una y otra después arrebatadas
huyen las horas y de igual manera
las nuevas Junas a morir caminan.

Tú, cercano a la muerte,
de mármol edificas levantadas
fábricas; olvidado de la tumba:
y estrecho en la ribera
de Bayas, donde el piélagos retumba,
buscas en él cimientos.

¡Qué mucho! Si los términos vecinos
alteras avariento,
usurpando a tus súbditos la tierra:
por ásperos caminos
tímidos huyen la mujer y esposo,
ambos al serio puestos
sus dioses, y sus hijos mal compuestos.

Pues no, no tiene el hombre poderoso
palacio más seguro,
que la mansión del Aqueronte avara:
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas más? Si al que mendiga,
hambriento y desvalido,
y al sucesor del trono, igual prepara
la tierra sepultura.

Ni el audaz Prometeo el aura pura
volvió a gozar, con dádivas vencido
el que guarda las puertas del Averno.
Él aprisiona a Tántalo, y la estirpe
de Tántalo famosa:
él de quien sufre angustia dolorosa,
invocado tal vez, o aborrecido
el llanto acalla en el horror eterno.

